

LA FAMILIA, PRIMER CONTEXTO SOCIAL Y DE APRENDIZAJE

La familia, además de ser la transmisora de la herencia genética, representa el primer contexto social donde el niño o la niña se desenvuelve. Por lo tanto, es el pilar básico de la educación y la socialización porque la personalidad infantil se forma en la relación con los demás y de la calidad de las experiencias familiares va a depender la madurez y el equilibrio emocional del niño o la niña.

La familia está constituida principalmente por padre, madre, hijos e hijas que forman una comunidad basada en un hogar común y las interrelaciones de sus miembros. Dentro de la comunidad familiar, los principales educadores son el padre y la madre que se encargan del bienestar y la salud física y psicológica, de establecer las normas de convivencia y moldean la conductas de los hijos o hijas a través de su experiencia y actuaciones.

La familia es un ámbito donde la persona debe sentirse atendida, acogida, aceptada y amada incondicionalmente.

Todas las familias de una misma cultura comparten criterios sobre las costumbres, las normas de comportamiento, los roles y los valores. Enseñan al niño o la niña a comportarse según se espera en la cultura en que vive acompañándole y dirigiéndole desde la total dependencia hacia la autonomía y madurez.

Como todo entorno de convivencia, la familia tiene reglas que, habitualmente marcan los progenitores. Con ellas se definen las expectativas sobre el comportamiento de los componentes del grupo en diferentes contextos y circunstancias y las consecuencias de sus actos.

A través de la experiencia diaria el niño va aprendiendo las reglas expresas porque los progenitores o los hermanos mayores las reconocen y comunican abiertamente y el niño sabe claramente lo que se espera de su comportamiento. Sin embargo, en todas las familias existen reglas tácitas que el niño va comprendiendo a través de la experiencia pero que no se reconocen abiertamente e incluso en muchos casos se niegan. La mayoría de estas reglas niegan el derecho a tener determinados sentimientos y emociones como enfurecerse, sentir miedo, tristeza o celos, discutir para defender un criterio o postura o bien relacionarse a través del conflicto o la discusión, etc. Además de la ansiedad que siente el niño por las consecuencias de infringir una regla tácita, también existe la culpabilidad por los propios sentimientos y emociones, además de la necesidad de ocultarlos.

La ansiedad que supone el temor a lo desconocido y la culpabilidad son sentimientos corrosivos y paralizantes, por ello el niño es capaz de comportarse como los padres esperan de él para evitarlos aunque esto provoque otros sentimientos autodestructivos.

Los padres aprenden a controlar la conducta del hijo a través de estos sentimientos y amenazan con privarle de su afecto o provocándole temor a ser abandonado. Este tipo de acción es mucho más eficaz que el castigo físico o la privación de beneficios, privilegios o bienes materiales. El temor a ser abandonado o que los padres dejen de quererle le provoca tal ansiedad que cambia su conducta para no sentirla.

También es habitual que los hijos se sientan responsables del enfado y la ansiedad de los padres, aunque en alguna ocasión ellos no sean los causantes. A través de estas experiencias dolorosas aprendemos a respetar reglas que nadie nos ha explicado y de las que nunca se habla pero también aprendemos que es arriesgado ser "uno mismo" y a sentirnos culpables por nuestros sentimientos y emociones.

La familia es mucho más que la suma de sus miembros. Cada uno desarrolla una personalidad propia en relación y como respuesta a las otras personalidades que, a su vez, se desarrollan y modifican como respuesta a la suya. Cualquier cambio o problema afecta a todos los miembros y requiere un proceso de adaptación mutua para restablecer el equilibrio. Del modo de adaptarse o reequilibrarse de cada uno de los miembros va a depender no sólo el equilibrio del conjunto sino también el bienestar general de la familia.

Los equilibrios y contraequilibrios que se producen en la familia nos afectan para toda la vida.

Un matrimonio que forma su nueva familia no es una entidad separada. La felicidad o los problemas no son sólo fruto de la convivencia de dos personalidades. En realidad es el acoplamiento de las experiencias en sus respectivas familias porque los valores y las actitudes de cada uno con respecto a cualquier cosa o situación se forjaron en sus propios ámbitos familiares, bien de forma similar u opuesta a la de sus padres.

En palabras de Carl Gustav Jung “ Cuanto más intensamente haya impreso la familia su carácter en el hijo, tanto más tenderá el hijo a sentir y ver nuevamente su diminuto mundo anterior en el mundo más grande de la vida adulta”.

LA FAMILIA EN LA ACTUALIDAD

Son grandes los cambios que la familia ha sufrido en los últimos años. Ha reducido el número de miembros, en muchos casos se limita a padre, madre e hijo o hija. Con la incorporación de la mujer al mundo laboral hay mayor independencia económica de cada uno de los cónyuges y un mayor reparto de las responsabilidades y tomas de decisión. También se observa una disminución cuantitativa y cualitativa del tiempo que los padres dedican a los hijos. Hay cambios importantes en los roles tradicionales de los progenitores y disminuye la edad en las que los hijos e hijas se escolarizan por primera vez.

El aumento de estructuras formadas por parejas inestables, los divorcios, el número de familias monoparentales, etc, nos hace pensar en una disminución del porcentaje de niños y niñas que conviven de forma estable durante la infancia y la niñez con los padres biológicos.

Sea cual sea el tipo de familia en la que se desarrolla el niño o la niña, debe prevalecer su naturaleza formativa y educativa.

En la era de la comunicación los cambios de costumbres, normas y relaciones sociales se suceden con rapidez. En una sociedad de abundancia y consumo (siempre comparada con épocas anteriores) se observa un deterioro en valores éticos y morales. En su mayoría, los padres y madres sienten incertidumbre con respecto a la sociedad del futuro y desorientación en el presente.

Los padres no pueden educar a sus hijos e hijas del mismo modo que fueron educados porque la sociedad ya no transmite sus roles y normas de una generación a otra, los cambios son demasiado rápidos y las normas se van estableciendo a medida que se suscitan nuevas situaciones.

Ante la falta de claridad en la forma de educar a los niños y niñas, cada uno de los progenitores tiende a restablecer la dinámica de su familia original en la nueva que ha formado, repitiendo muchos de los errores educativos sufridos y que siempre juró no cometer, o bien haciendo todo lo contrario como forma de rebelarse. Al margen de los errores mencionados, la situación lleva a la disparidad de criterios entre los cónyuges, se crean ambientes cargados de permisividad, sobreprotección, autoritarismos desmesurados, etc.

La familia debe ofrecer una educación correcta que posibilite un progreso adecuado de los hijos e hijas optimizando los potenciales de aprendizaje, de relación, de autonomía personal y social porque, en definitiva, la educación está encaminada a la construcción del hombre y la mujer.

Para lograr este objetivo prioritario los padres y madres necesitan lograr una relación independiente con su propia familia de origen. En el caso de no conseguirlo difícilmente lograrán vincularse emocionalmente de forma positiva con los miembros de su familia actual. Los progenitores no pueden resolver en su vida conyugal los conflictos pendientes con sus respectivas familias y esto sólo puede conducir a rupturas familiares donde los grandes perdedores son los hijos e hijas.

Algunos de los problemas no resueltos pueden ser: procurar el menor contacto posible con la familia original tratando de distanciarse emocionalmente de sus miembros; vivir en constante rebeldía, actuando de forma opuesta a como lo harían el padre o la madre;

considerar que todos los problemas provienen del autoritarismo de los progenitores y de su falta de afecto; hacer lo que desean el padre y la madre en un intento constante de hallar reconocimiento; sentir resentimiento por la dependencia emocional y no ser ellos mismos con su familia por miedo a que no les quieran si expresan sus verdaderos sentimientos, etc.

Los adultos con alguno de estos conflictos necesitan superarlos para no transmitir a su vez a los hijos e hijas los errores educativos que han padecido. Sin duda atenuará el problema el conocer y comprender a los propios progenitores como personas que tiene sus propios problemas emocionales, averiguar como fue su infancia y las relaciones en sus respectivas familias de origen; ser receptivos a los aspectos positivos de su labor como educadores y hablar con el padre y la madre, contarles aspectos de sí mismos para que logren un mayor conocimiento y comprensión de ellos como adultos, y sobre todo, perdonar y lograr el perdón.

Superados estos conflictos podrán alcanzar la total independencia emocional, serán capaces de sentirse dueños de su propia vida y ofrecer un patrimonio menos contaminado a sus hijos e hijas.

El brevísimo análisis anterior no debe llevar al desánimo, sino a la reflexión sobre algunos aspectos de la actuación de los padres y las madres como educadores, entre los cuáles podemos destacar los siguientes:

- Ejerce la autoridad con diálogo y tolerancia. No se trata de mandar como ejercicio de poder, de discutir, de imponerse por la fuerza, sino de buscar la razón y la coherencia que ayudan a formar conductas responsables.

- El respeto a la individualidad y a la dignidad del niño o la niña, que no es una propiedad o capricho de los padres. Estos deben asumir su responsabilidad de ayudar y dirigir al niño o la niña hacia su madurez ofreciendo, gradualmente, mayor libertad y autonomía que le ayuden a sentirse útil, responsable de sus actos y asumir las consecuencias que se derivan de ellos.

- Los padres y madres que vivieron su infancia y adolescencia sometidos a la tiranía de unos progenitores autoritarios y despóticos deben superar sus frustraciones alejando la intransigencia y el autoritarismo de su relación con los hijos e hijas.

- El entorno familiar, como contexto social, debe establecer una serie de normas, pero esto no justifica los hogares excesivamente normados e inflexibles.

- Los hogares permisivos, donde los niños y niñas hacen lo que les placen les convierte en desordenados, inseguros, incapaces de realizar el mínimo esfuerzo para conseguir un objetivo, no adquieren una conciencia que dirija su conducta y no tienen capacidad de interiorizar normas morales. Estos hogares suelen ser fruto de los padres egoístas que tienen desinterés por la educación de sus hijos o hijas.

- Vivir implica superar pequeñas frustraciones y dificultades diariamente. Los padres protectores en exceso evitan que el niño o la niña se esfuerce o que se enfrente a problemas, toman la iniciativa por él y le facilitan todo. En estos casos, los niños o niñas se sentirán ineptos, inferiores, inseguros y dependientes de sus padres.

- El amor entre el padre y la madre, y el amor de ambos hacia el niño o la niña facilita el crear un clima de aceptación, respeto, seguridad, confianza y afecto. En este clima no caben los juicios de valor hacia las personas, tampoco las comparaciones, las luchas de poder, no las expectativas desajustadas.

- Nunca debe olvidarse que los padres son el modelo a imitar por los niños y niñas, el espejo en el que se miran. Los pequeños hacen lo que ven hacer, no lo que se les dice que hagan.

Siempre está bien recordar las siguientes palabras de Theodore Isaac Rubin sobre "El hogar cooperativo o motivador":

"Ningún hogar es del todo cooperativo y pocos hay que sean totalmente destructivos. Pero el hogar donde hay cooperación está principalmente vinculado al verdadero bienestar de

todos sus miembros y particularmente de aquellos que aún no son autosuficientes.

Respecto a esto, el ambiente debe ser seguro, protegido e interesante. Esto significa que las personas pueden ser ellas mismas, pueden expresar sus sentimientos, intercambiarlos, pueden equivocarse, experimentar y crecer para adquirir una personalidad propia.

La familia ofrece un entorno lleno de sustento: cuidados físicos, afecto y sustento emocional a través del intercambio de pensamientos y sentimientos y estímulo creativo a través de la participación enriquecedora.

El hogar saludable transmite a sus miembros alegría a través de la ayuda, el conocimiento mutuo y la autorrealización. En vez de fomentar sentimientos competitivos, los logros y satisfacciones individuales se sienten como éxitos de la familia entera sin afectar a las necesidades o a la individualidad de cada miembro.

En la familia existe aceptación mutua, que en gran parte es incondicional. Hay poca preocupación por lograr igualdad o repartos equitativos, desterrando la rivalidad corrosiva, los favoritismos y suspicacias. Los miembros de este tipo de familia consideran que lo que obtienen está en relación con sus necesidades.

En la familia poco estimulante, el que dicta las normas acostumbra a ser aquel que grita más, independientemente de su capacidad. Sin embargo, en los hogares sanos las personas contribuyen con sus conocimientos de forma positiva, la ayuda se recibe con alegría y nadie se siente rebajado por ella.

En este entorno es imprescindible que sus miembros tengan una identificación familiar sólida y traspasen los límites de la familia nuclear en sus lazos afectivos, sintiendo que `pertenecen a un grupo del que obtienen fortaleza, solidez y vínculos fuertes más allá de las diferencias generacionales.

Los miembros de una familia sana demuestran sentimientos firmes, valores, prioridades y conciencia social. Se escuchan entre sí, no se comparan ni compiten, son flexibles, tolerantes, se dan a sí mismos y no ponen condiciones a los sentimientos de cariño, afecto y amor.

APTITUDES DE LOS PADRES Y LAS MADRES QUE FAVORECEN EL DESARROLLO GENERAL DEL POTENCIAL DE LAS DIFERENTES INTELIGENCIAS

El padre y la madre no pueden comprender al niño o la niña si no son capaces de colocarse desde su punto de vista interior para ver las cosas como él las ve, Sólo con un grado elevado de empatía le comprenden y aceptan incondicionalmente.

No podemos imponer a los niños y niñas las pautas de comportamiento de los adultos, pretendiendo que actúen como "hombres y mujeres con tamaño reducido".

La permisividad produce falta de control interno, convierte a los niños y niñas en egoístas y oportunistas e impide su evolución hacia la madurez. La sobreprotección transmite sensación de incapacidad e inseguridad, lesiona la autoestima y bloquea el crecimiento emocional.

No hay que temer a la libertad del niño o la niña. En realidad sólo se educa a sí mismo el niño o la niña que crece en libertad, porque le conduce desde la total dependencia hasta la autonomía plena de forma gradual. Los adultos deben ir marcando márgenes y pautas que se van ampliando en libertad y responsabilidad a medida que el pequeño o pequeña puede asumirlas. El exceso de normas, mandatos y prohibiciones, no estimulan la independencia ni la responsabilidad, sólo asfixian la libertad.

La autoridad y la firmeza son necesarias para promover valores y capacidades. Es la actitud que facilita la interiorización de normas de conducta. La autoridad bien ejercida tiene el objetivo de alcanzar la progresiva madurez y responsabilidad de los niños y niñas. La autoridad no debe confundirse con el autoritarismo que reprime la iniciativa, impide el desarrollo de los recursos internos y convierte al niño o la niña en conformista que acata los

critérios de los demás o en continuo rebelde.

En el hogar hay que mantener la disciplina. Aunque este valor está desprestigiado, es imprescindible para establecer y conservar el orden, adaptando la conducta de los niños y niñas a las normas y restricciones que impone la convivencia en sociedad. La disciplina no autoritaria evita la amenaza y el castigo, lleva a los niños y niñas hacia la disciplina interior que dirige y canaliza las capacidades hacia la consecución de objetivos y metas en la vida.

Los padres y las madres podemos y debemos fomentar la autoestima elevada en nuestros niños y niñas. Con intuición y habilidad de empatizar comprenderemos sinceramente desde su mundo interior los sentimientos y las emociones, cuidando de no lesionar la opinión que sobre sí mismos comienzan a forjar.

Esta pequeña muestra de actitudes puede resumirse en el deseo de crear un clima afectivo y de seguridad para los niños y niñas. Esto sólo puede conseguirse cuando sentimos valoración y sincero aprecio por los niños y niñas simplemente porque existen, porque cada uno es un ser especial al que queremos, con independencia de que aprobemos o no lo que hace. Si conseguimos que cada niño o niña se sienta apreciado por como es no por como nos gustaría que fuese, si valoramos la cantidad y calidad de tiempo que les dedicamos en exclusiva con atención concentrada y abierta a sus cualidades individuales. Sobre todo cuando el niño o la niña siente que le decimos "me interesas y te quiero".

Es imprescindible mantener la unidad de criterios, no discutir delante de los hijos e hijas, evitar la violencia verbal, física o psicológica y no contradecirse.

Debemos ser coherentes en todo momento, admitir los errores, pedir perdón cuando sea necesario y saber perdonar de corazón.

Los dos progenitores tenemos que asumir las responsabilidades educativas, definir claramente el tipo de educación que deseamos, fijar las pautas de actuación y ser constantes en la labor emprendida.

El padre y la madre, juntos, deben elegir el Centro de Educación para los hijos e hijas cuyo Proyecto Educativo persiga objetivos afines a los que busca la familia. También realizarán un seguimiento de la labor educativa del Centro, asegurándose de que se persigue la formación integral del hijo o hija y se tienen en cuenta habilidades propias de las diferentes inteligencias.

Es necesario que participen en la Comunidad Educativa y, sin llegar a intromisiones, mantener una comunicación continua con los profesores.

El padre y la madre son los principales modelos a seguir por los hijos e hijas y van a transmitir los valores morales y sociales que poseen a través de sus actuaciones diarias. Sin una escala de valores ajustada es imposible el desarrollo óptimo del potencial de las diferentes inteligencias. Son muchos los valores necesarios para que lleguen a sentirse seres humanos realizados, entre ellos resumimos y destacamos:

Conocimiento, comprensión y aceptación de las personas del entorno tal como son, no como nos gustaría que fuesen.

Amor, afecto, cordialidad, amabilidad. Además de querer a los miembros de la familia, debemos asegurarnos de que éstos se sientan queridos.

Buen humor, optimismo, paz, serenidad y tranquilidad para transmitir alegría de vivir.

Paciencia, autoridad, disciplina y firmeza para que el inmaduro o inmadura pueda interiorizar una escala de valores que sean punto de referencia en sus actuaciones.

Calor humano, confianza, sinceridad y respeto que creen un hogar afectivo para consolidar la autoestima y la estabilidad emocional del conjunto de la familia.

Disponibilidad y constancia en dedicar tiempo de calidad para las relaciones entre los

miembros de la familia.

LA PARTICIPACIÓN DE LA FAMILIA EN EL PROYECTO DE POTENCIACIÓN DE LAS INTELIGENCIAS

Los Centros especializadas en la atención y educación de niños y niñas de cero a seis años deben convertirse en auténticas Comunidades Educativas donde la interacción familia-Centro promueva entornos de aceptación, seguridad, comprensión, afecto incondicional y ocasiones variadas para potenciar el desarrollo integral de los niños y niñas.

Cuando un niño o niña asiste a un Centro de Educación Infantil, es imprescindible compartir con la familia la labor educativa, completando y ampliando de este modo las experiencias formativas del desarrollo.

Para llevar a cabo correctamente esta labor conjunta es necesaria la comunicación y coordinación entre los padres, las madres y el educador. El equipo docente del Centro puede ofrecer apoyo, información, formación, asesoramiento y comprensión a la familia, convirtiendo a los padres y las madres en los principales colaboradores del proyecto educativo que se pretende desarrollar.

Una de las tareas que competen al educador y al equipo del que forma parte es determinar los cauces y formas de participación de la familia en el proyecto de potenciación de las inteligencias.

El padre y la madre son las personas más expertas para valorar las inteligencias del niño o la niña porque desde que ha nacido han aprendido a conocerlo día a día. Observan como crece y como aprende en diferentes circunstancias y también como utiliza habilidades de las distintas inteligencias para resolver los problemas que le plantea la vida cotidiana.

El educador puede convocar una reunión para explicar a los padres y madres los aspectos más relevantes de la Teoría de las I.M. de forma sencilla y amena.

Una buena manera de que comprendan esta teoría es comprobando sus propias fortalezas y debilidades en las distintas categorías. Recapitando sobre como hacen uso de las habilidades de cada categoría y reflexionando sobre los sentimientos que les provoca el no haber podido desarrollar plenamente su potencial innato. (Anexo I).

Les puede enseñar como observar los aspectos en los que más destaca su hijo o hija y compartir la información para que el educador pueda obtener una comprensión mayor sobre su estilo de aprendizaje. (Anexo II).

El educador debe ofrecer orientaciones y pautas de actuación en el ámbito familiar de forma que los padres y las madres complementen acciones para alcanzar los objetivos propuestos en el aula.

Los padres y las madres pueden implicarse participando en actividades específicas organizadas por el Centro como las que a continuación se indican:

Ø DIA DE LAS PROFESIONES. Eligiendo un día a la semana o al mes para que un padre, una madre, el panadero, el barrendero u otra persona de la comunidad asistan al aula para hablar de su oficio, de las habilidades que requiere, los objetos que utiliza, etc.. Es muy importante que participen al mayor número posible de padres y madres porque consolidarán de este modo su implicación en el estímulo y valoración de las inteligencias. Los abuelos y abuelas de los niños y niñas participan encantados en este tipo de actividades, explicando "historias" sobre la vida laboral que han desarrollado durante muchos años y es el mejor modo de vincular a las diferentes generaciones.

Ø El Centro puede organizar una SEMANA CULTURAL donde cada día se reserve para una inteligencia: padres, madres, abuelos, abuelas, niños y niñas participan de esta manera de diferentes actividades propias de cada inteligencia y cada día puede clausurarse con una pequeña charla impartida por una persona de relevancia en la comunidad: un contable, un periodista, un pintor, un deportista, un músico, un párroco, un psicólogo, etc.

Ø Los padres y las madres pueden colaborar participando en EXCURSIONES ESPECIFICAS para cada una de las inteligencias: visitas a un laboratorio (I. Lógico-matemática), a la biblioteca (I. Lingüística), al estudio de un pintor o fotógrafo (I. Espacial), a una fábrica de artesanía (I: Cinético-corporal), a una emisora de radio (I. Musical), a un hotel (I. Interpersonal) o a la consulta de un psicólogo (I. Intrapersonal).

Ø Cada familia puede elaborar en casa UN MURAL REPRESENTATIVO de una inteligencia, procurando la participación activa del niño o la niña.

Ø El padre y la madre ayudan a su hijo para elaborar una BIOGRAFIA sobre el protagonista de un cuento o sobre un personaje de dibujos animados, resaltando las habilidades con mayor fortaleza y el modo de utilizarlas adecuadamente.

Ø Cada familia crea UN CUENTO, UNA CANCION O UNA DRAMATIZACION y lo representan en el aula para el resto de familias.

Ø Elaborar UN LIBRO VIAJERO que se va completando con los dibujos, las narraciones cortas, las reflexiones o comentarios de cada familia.

Ø En reuniones de padres y madres, cada familia aporta cuadernos de recortes, casetes de audio, fotografías, vídeos, cuentos, cuadros, dibujos, esculturas, etc., que han elaborado con sus hijos o hijas y que ilustran el área en el que demuestran mayor fortaleza.

Además el educador puede hacer partícipe a la familia del programa de objetivos que piensa desarrollar en un período de tiempo concreto e incluso indicar algunas actividades que se realizarán en el aula para que los padres y las madres incidan sobre los mismos aspectos en el ámbito familiar. (Anexo IV). También puede facilitar información sobre juegos, juguetes y otras actividades como medio para el desarrollo de habilidades de cada una de las inteligencias. (Anexo III).

La intención del educador nunca debe ser el convertir a los padres y las madres en educadores profesionales, sino ayudarles en su misión formadora y educativa porque si la familia, e incluso el contexto social, no apoyan la labor educativa del Centro es imposible optimizar el desarrollo del potencial innato de nuestros niños y niñas en las diferentes inteligencias.

ANEXOS

I. CUESTIONARIO PARA LA VALORACION DE LAS INTELIGENCIAS DEL PADRE O LA MADRE.

II. CUESTIONARIO PARA LA VALORACION DEL NIÑO O LA NIÑA:

Ø MAYOR DE UN AÑO

Ø MENOR DE UN AÑO

III. SUGERENCIAS SOBRE JUEGOS, JUGUETES Y ACTIVIDADES DE CADA INTELIGENCIA EN EL ENTORNO FAMILIAR.

IV. EJEMPLO DE PROGRAMA DE OBJETIVOS Y ACTIVIDADES PARA FACILITAR A LOS PADRES Y LAS MADRES.